



Sánchez Padilla, Andrés. *Enemigos íntimos. España y los Estados Unidos antes de la guerra de Cuba (1865-1898)*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2016, 330 pp.

No parece existir una mejor apertura para la recensión de esta obra que reproducir una pregunta que el autor plantea en las páginas iniciales de su trabajo: “¿sigue teniendo sentido un estudio de las relaciones bilaterales?”. En unos tiempos en los que términos como historia global o historia transnacional cobran cada vez más fuerza, reclamar la pertinencia del marbete bilateral se antoja cuanto menos provocador. Sin embargo, este libro –fruto de su tesis doctoral defendida en marzo de 2014 en el Departamento de Historia Contemporánea de la UCM– justifica a la perfección la oportunidad de un enfoque que, sin caer en dogmatismos ya superados, permite evaluar la trayectoria histórica de dos naciones separadas en muchos aspectos, pero condenadas a relacionarse. Justamente, Sánchez Padilla tiene éxito en su empresa porque sostiene que la relación bilateral no se agota en sí misma sino que solo es comprensible si se inserta en el sistema internacional de la segunda mitad del XIX –en esta dirección apunta el prólogo de Rosario de la Torre, quien había ejercido a su vez como directora de la tesis– pero, sobre todo, si se utiliza como piedra de toque para evaluar el desempeño de la política exterior general de ambos países. Un ejercicio, este último, que le permite llegar a una de las conclusiones más llamativas de todo el volumen.

Frente a lo sostenido tradicionalmente, el patente desequilibrio entre Washington y Madrid durante el periodo estudiado no propició un saldo favorable para los estadounidenses en los asuntos de interés mutuo. Al menos no hasta la guerra hispano-norteamericana de 1898, a criterio del autor. E incluso tampoco entonces, en total pureza, si tenemos en cuenta las maniobras de la administración McKinley para reactivar, en febrero de 1898, las negociaciones comerciales con España sobre Cuba, lo que indica que el conflicto bélico seguía aún siendo el último recurso. En otras palabras, a pesar de que los Estados Unidos salen de su guerra de secesión como una nación poderosa y pujante, no existió en sus gobernantes –independientemente de los matices existentes entre los gabinetes demócratas y republicanos– una voluntad decidida de ejercer ese poder en el ruedo internacional. Circunstancia que se refleja en esta relación bilateral cuyo estudio sirve, por tanto, para aportar nuevos argumentos al ya clásico debate entre realistas y revisionistas, con sus subsiguientes derivadas hacia los enfoques culturales. Solo por ello esta investigación ya estaría de sobra justificada. Pero es que, además, realiza otras aportaciones de interés que resaltan tanto por el concienzudo trabajo de Sánchez Padilla, con fuentes primarias inéditas hasta la fecha, como por su cuidada organización interna.

La estructura de la obra es un perfecto reflejo de la voluntad de evitar que la erudición y el trabajo con múltiples fuentes oscurezcan el objeto de estudio, riesgo que siempre se corre cuando el análisis se construye principalmente sobre documentación diplomática. En este sentido, el capítulo inicial es quizás excesivamente herede-

ro del formato de tesis doctoral que está en el germen del libro. El anecdótico *lapsus linguae* de la página 43 así parece confirmarlo. Nunca está de más una introducción a modo de estado de la cuestión, que sirve para subrayar las carencias que se pretenden cubrir, aunque la definición de las hipótesis de partida podía haberse obviado dado que, finalmente, no todas ellas fueron atendidas de manera análoga. Lo mismo sucede con el apartado dedicado a las fuentes, muy necesario en un trabajo doctoral, pero que en un formato monográfico podría prescindir de esa entidad propia y ser introducido de forma gradual a medida que avanza el texto. Una crítica, en todo caso, que puede ser rebatida dada la necesidad de hacer hincapié en el calamitoso estado del sistema archivístico español y las dificultades para acceder a determinados fondos, frente a lo que sucede con su homólogo norteamericano.

Esta cuestión incide de forma patente en la investigación, pues las comunicaciones entre el Departamento de Estado con sus representantes en Madrid, así como con el gobierno de España, se erigen como eje fundamental del esfuerzo de reconstruir los principales episodios de la relación, siendo menos utilizada la documentación de origen español. Así, el primer legajo del Archivo de Asuntos Exteriores no aparece citado hasta la página 93, es decir, casi cuando se ha consumido ya el primer tercio del volumen. A su vez, la mayor parte de los párrafos extractados son también de procedencia estadounidense, al igual que todas las imágenes que acompañan el libro, entre las que destacan por su interés las fotografías de la sección de los Estados Unidos en la Exposición Universal de Barcelona de 1888. Pese a todo, el autor logra rescatar testimonios de gran valor histórico custodiados no solo en el citado, y hoy ya inaccesible a los investigadores, Archivo del Palacio de Santa Cruz, sino también en determinadas colecciones del Archivo General de la Administración, Archivo Histórico Nacional – ambos hoy custodios de los fondos de Exteriores– o en depósitos de titularidad castrense y privada. Un esfuerzo digno de elogio que permite, por ejemplo, evaluar la desmesurada reacción española ante la celebración de la primera Conferencia Panamericana de Washington. Los despachos de los diplomáticos españoles desplazados al hemisferio occidental y la correspondencia entre personalidades de la talla de Moret y Sagasta revelan la ceguera de los gestores de la acción exterior española ante los límites de su influencia en el ámbito latinoamericano y la imposibilidad del despliegue de una política de hispanidad frente a las antiguas colonias que fuera más allá de palabras vacías, carentes de contenido práctico.

El resto del volumen sigue una lógica interna semejante, salvo el breve capítulo que cubre el periodo 1877-1889. En el mismo se incluye la citada Conferencia Panamericana junto a los nada exitosos esfuerzos hispanos por aumentar su influencia en América Latina –gracias al arbitraje en los conflictos fronterizos abiertos entre las jóvenes republicas–, o la inusitada participación estadounidense en los asuntos marroquíes con motivo de la Conferencia de Madrid de 1880. Cada capítulo se abre con un repaso a la situación doméstica de ambas naciones y cómo esta condicionó el rumbo de su actuación internacional. Dicho balance parte esencialmente de fuentes secundarias, lo que denota el profundo conocimiento del autor de la literatura al uso y el consiguiente empleo reflexivo de la misma. Una vez contextualizado cada periodo –los segmentos suelen corresponder más o menos a una década– se dedican sendos apartados a evaluar la imagen del otro, quedando patente, por un lado, la temprana aparición de tópicos e ideas comunes llamados a convertirse en perennes y, por el otro, la escasa dotación de las legaciones diplomáticas y la información de escasa calidad, comúnmente viciada por opiniones personales, que solía remitirse a

los superiores, bien en Washington o bien en Madrid. Junto a ellos destacan también ciertas iniciativas de carácter privado que intentaron tender puentes entre ambas sociedades, aunque con desigual resultado.

A continuación de las secciones antes referidas, el estudio de la relación bilateral se sustenta sobre tres planos interconectados. Por un lado el puramente diplomático, rescatando el autor episodios poco conocidos, como el interés norteamericano por la adquisición de un islote en el archipiélago canario con vistas a beneficiar sus actividades pesqueras, que se añaden a aspectos más trascendentes como los sempiternos problemas derivados de la presencia de ciudadanos y propiedades estadounidenses en la gran Antilla. De esta forma, incidentes ya conocidos, como puede ser la crisis del *Virginus*, cobran así una nueva dimensión a la luz de las indagaciones de Sánchez Padilla. En clara conexión con estos esfuerzos diplomáticos, en ocasiones totalmente estériles, se despliega el segundo plano, el económico.

Es, sin duda, la mejor aportación del trabajo por la profundidad del análisis y la confrontación de muy diversas fuentes, ofreciendo un buen contrapunto a las aproximaciones realizadas desde la historia económica, al ir más allá de los debates sobre aranceles y proteccionismo para situar la acción política en el centro del tablero. De este modo se comprenden mejor conflictos como el provocado por el boicot español sobre las exportaciones norteamericanas de carne de cerdo y, sobre todo, cobra especial fuerza el argumento esgrimido recurrentemente por el autor acerca del interés de España por alcanzar un acuerdo comercial con los Estados Unidos como garantía, no declarada, de la soberanía sobre Cuba ante la imposibilidad de obtener otro tipo de seguridades por parte de las potencias occidentales. Por último, queda la faceta cultural de la relación, menos desarrollada que las anteriores, al circunscribirse el estudio al comportamiento de ambas naciones en las exposiciones internacionales celebradas en sus respectivos territorios; pero igualmente importante, ya que fue en este marco el único donde, en algún momento concreto, existió una cooperación efectiva. Algo difícil de lograr en el resto de facetas ante la falta de una postura común derivada de la inestabilidad política que atravesó España –sin menospreciar los bandazos de cada administración norteamericana y la incesante labor de control y zapa de sus congresistas– y, sobre todo, de la permanente rebeldía de las autoridades y elites cubanas frente a los designios peninsulares. La obra se cierra con unas conclusiones que se antojan un tanto limitadas, por estar excesivamente volcadas en lo relativo a la guerra de 1898.

En definitiva, una sólida monografía que tiene uno de sus puntos fuertes en la cada vez más necesaria revisión de las relaciones hispano-norteamericanas a lo largo del siglo XIX, dada la primacía que historiográficamente ha tenido el estudio de la posterior centuria. Sobre todo porque Sánchez Padilla lo revisita sin situar a Cuba como único vértice de la ecuación bilateral y dejando patente que hay terreno por conquistar por parte de los investigadores, más allá de lo que supuso 1898. Seguro que sus futuros trabajos sirven para ampliar sus hallazgos y desarrollar de forma más detenida cuestiones que ya deja apuntadas como las dificultades de las pioneras empresas norteamericanas que se instalan en España o la controversia sobre la abolición de la esclavitud en las Antillas.

Misael Arturo López Zapico
Universidad Autónoma de Madrid
misael.lopez@uam.es